

Euroamericana – Filosofía española

José Luis Villacañas

**Ortega y Gasset:
una experiencia filosófica española**

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R

ÍNDICE

Prólogo.....	11
--------------	----

PRIMERA PARTE EL TALLER EUROPEO

Capítulo I

Una vocación filosófica tardía (1902-1907).....	21
§1 En la ola del vitalismo y del arte.....	21
§2 Rebelión edípica.....	26
§3 El primer viaje a Alemania: Leipzig y Berlín.....	32
§4 El viaje a Berlín.....	42
§5 Breve estancia en España.....	54

Capítulo II

La formación de un joven filósofo.....	65
§1 Viaje a Marburgo.....	65
§2 Kantismo y casticismo.....	70
§3 Contra Unamuno.....	75
§4 Clasicismo.....	81
§5 La vuelta del filósofo a la caverna.....	91
§6 La revista <i>Europa</i> y la alianza radical-republicana.....	103

Capítulo III

Un filósofo echa a andar.....	115
§1 Renan: un modernismo religioso.....	116
§2 Adanes en el Paraíso: un ensayo de hermenéutica hispana.....	124
§3 Ortega catedrático de metafísica: dilemas de 1910.....	130

§4	El tercer viaje a Alemania: sistema de influencias.....	139
§5	Freud.....	150
§6	¿Husserl?.....	155
§7	Idealismo.....	160
§8	Historia y el presente de España	171

SEGUNDA PARTE
DIEZ AÑOS DE IDEALISMO

Capítulo IV

<i>Meditaciones del Quijote</i>	183
§1 Vísperas de la Gran Guerra	183
§2 El legado de los exaltados	188
§3 La metafórica de <i>Meditaciones del Quijote</i>	193
§4 Salvación de la circunstancia y panteísmo	200
§5 Vida y Cultura	205
§6 Salvación.....	208
§7 ¿Qué hacer con el pasado?.....	213
§8 Teoría de la novela: Géneros y filosofía de la historia.....	217

Capítulo V

El joven Ortega y la fenomenología: experiencia y leyenda.....	227
§1 La falsa base de un prestigio.....	227
§2 Los motivos de la ascesis teórica.....	232
§3 Un principio, un sistema.....	236
§4 Una reseña y un prólogo	244
§5 La perspectiva cervantina.....	260
§6 Hipótesis sobre la sublimación de Ortega.....	263

Capítulo VI

Ortega en la revista <i>España</i>	271
§1 Nada tiene efecto.....	271
§2 Poder vital.....	277
§3 El poder de lo real	279
§4 San Ignacio	281
§5 Final de las ilusiones	283
§6 La nación social	287
§7 El auto-desprecio y el resentimiento	291
§8 La despedida de la juventud.....	296
§9 El Meditador se convierte en Espectador.....	299

ÍNDICE

§10 Ningún instante	303
§11 Baroja.....	308
Capítulo VII	
Primer viaje a América.....	317
§1 Un éxito compensatorio	317
§2 El sentido primero de la modernidad	322
§3 El refugio en la filosofía.....	324
§4 El pathos profético	328
§5 ¿Psicología o fenomenología?.....	332
§6 Filosofía fundamental.....	337
§7 Todavía no hacia una filosofía de la vida	344
Capítulo VIII	
Últimas meditaciones: el segundo volumen de <i>El espectador</i>	355
§1 Bajo el arco en ruinas.....	355
§2 Querer ético	363
§3 Azorín.....	368
§4 La formación de un anti demócrata	373
§5 La guerra	375
§6 Fuertes y débiles o Juntas militares y huelga general	379
§7 <i>El Sol</i>	384
§8 Dictadura	391
Capítulo IX	
<i>España invertebrada</i>	399
§1 El tercer volumen de <i>El Espectador</i>	399
§2 Cerrar asuntos: don Quijote como educador.....	402
§3 Desplazamiento de perspectivas políticas.....	409
§4 El éxito de un libro	413
§5 Integración y federación	418
§6 Dos diagnósticos sobre la invertebración de España	423
§7 Teoría social.....	434
§8 <i>España invertebrada</i> y nosotros.....	440
Capítulo X	
<i>El tema de nuestro tiempo</i>	445
§1 Ortega, pensador anti-burgués	445
§2 La irrupción de una vida viviente: deporte y guerra.....	452
§3 Las generaciones	457
§4 Dobles imperativos	464

§5	La beatería de la cultura. Una teoría de la secularización.....	468
§6	El carisma de la vida.....	472
§7	Estimativa	475
§8	Ni racionalismo ni vitalismo	479
§9	Ámbitos culturales en <i>Las Atlántidas</i>	490

TERCERA PARTE

DESPLIEGUE DE LA RAZÓN VITAL Y ANUNCIO DE TORMENTA

Capítulo XI

Abandonar el idealismo, desplegar la razón vital.....	499
§1 Kant y la jirafa en el zoológico hispano.....	499
§2 La mujer de Lot	505
§3 En el principio fue el caos.....	509
§4 El idealismo como innovación evolutiva.....	511
§5 Vida.....	513
§6 Kant desde dentro.....	520
§7 Sinceridad.....	526
§8 Vitalidad, alma, espíritu	531
§9 Aristocracia vital.....	539
§10 Ortega al frente del <i>Jugendbewegung</i>	544

Capítulo XII

Una teoría estética.....	555
§1 Desmontando el imperialismo de las esferas de acción	555
§2 ¿Imposibilidad de sublimar el arte nuevo?	560
§3 Arte de masas y la teoría de la metáfora.....	567
§4 Teoría de la novela	576
§5 ¿En el arte así como en la ciencia?.....	580
§6 Acción y deseo	583
§7 Ortega, vísperas de la crisis	588

Capítulo XIII

Ortega de la dictadura a la república (1927-1931)	605
§1 De la vida al espíritu	605
§2 Oknos el soguero.....	613
§3 Seducido por la paleoantropología.....	618
§4 Roma como ejemplo: la lectura de Weber	626
§5 Redimir las provincias para vertebrar España	629
§6 Un poco de sociología electoral	633

ÍNDICE

§7 Una vieja idea para la nueva República.....	642
§8 Mirabeau o el político.....	645
§9 Hacia la República	654
Capítulo XIV	
<i>La rebelión de las masas y la cuestión del espíritu.....</i>	<i>663</i>
§1 Primicias en Argentina.....	663
§2 La sociedad de masas como el cumplimiento moderno	669
§3 Ambivalencia de la época de las masas: potencialidad y peligro	676
§4 La tragedia de la modernidad	680
§5 Patología y redención.....	683
§6 Sociedad de masas, Estado y fascismo	687
§7 La potencia ética de Europa y el destino	693
§8 La hegemonía europea y futuro.....	695
§9 Una palanca histórica: la universidad.....	699
§10 Universidad y poder espiritual.....	704
§11 Ciencia y filosofía: del ser a la vida	708
Capítulo XV	
El trabajo del filósofo y el problema de la vida (1929-1935)	715
§1 El momento de la autoafirmación.....	715
§2 La biografía de un gran maestro europeo.....	720
§3 Vida como ser ejecutivo.....	725
§4 Se renuevan las distancias con Husserl.....	730
§5 Lecciones esperando la tempestad	738
§6 ¡Viva la República!	742
§7 Rectificación de la República.....	754

CUARTA PARTE

BAJO LA PRESIÓN DE FORJAR EL SISTEMA (1932-1955)

Capítulo XVI	
La segunda navegación de Ortega	769
§1 Adiós República	769
§2 Ortega se ve como un clásico.....	775
§3 Ortega se enfrenta a Goethe	779
§4 La metafísica de la razón vital.....	783
§5 ¿Vida o vida humana? Ortega y Plessner	787
§6 Reflexión.....	792
§7 El desarrollo positivo de Ortega.....	795

Capítulo XVII

Peligro existencial.....	811
§1 El silencio prepara el exilio.....	811
§2 Un puñado de conceptos.....	821
§3 Ortega ignora a Max Weber.....	826
§4 Ortega muestra su complejo de inferioridad.....	831
§5 Síntomas y sutiles ajustes.....	847
§6 Argentina: una desolada declaración de amor.....	857

Capítulo XVIII

El sistema emerge en el naufragio.....	867
§1 Una política de publicaciones.....	867
§2 <i>Ensimismamiento y alteración</i>	875
§3 <i>Meditación de la técnica</i>	881
§4 Recreación de la fenomenología: <i>Ideas y creencias</i>	890
§5 Imaginación y mundos interiores.....	893
§6 Historia y sistema.....	903
§7 La dialéctica real histórica.....	914

Capítulo XIX

La práctica de la razón histórica.....	921
§1 Hegel y la teoría de la historia.....	921
§2 Imperio romano.....	928
§3 Grecia y los modernos.....	938
§4 Esquema de las crisis.....	948
§5 Fenomenología del héroe.....	957
§6 Vives.....	960

Capítulo XX

Pasado/futuro: el problema de Europa.....	979
§1 Persona privada/personaje público.....	979
§2 Naciones e imperios.....	991
§3 Europa hora cero.....	1000
§4 Legitimidad de la modernidad.....	1009
§5 Una Europa liberal.....	1018
§6 La tradición de los doctrinarios.....	1026
§7 Tocqueville.....	1034

Capítulo XXI

La razón histórica de la filosofía: origen y epílogo.....	1049
§1 El problema y sus textos.....	1049

ÍNDICE

§2 Filosofía frente a sociología.....	1052
§3 Antropogénesis: la historicidad de lo humano.....	1061
§4 Origen e historicidad de la filosofía.....	1075
§5 Un Aristóteles que se parece a Kant.....	1087
§6 Camino a un Leibniz que nunca llega.....	1095
§7 Liberalismo: epílogo a la historia de la filosofía.....	1102
Conclusión	
§1 Sabiduría como rendimiento de la razón histórica.....	1115
§2 La razón histórica es un humanismo.....	1120
§3 <i>Stimmung</i>	1130
§4 Ultrafilosofía.....	1137
Epílogo.....	1143
Bibliografía.....	1149
Índice onomástico.....	1169

PRÓLOGO

Ortega no se engañaba. Reflexionó con profundidad sobre sí mismo y sobre su trayectoria, sobre su tarea y sus conquistas. Él mismo dijo: «En percatarse de sí mismo y caer en la cuenta de lo que somos, y de lo que es en su auténtica y primaria realidad cuanto nos rodea, consiste la filosofía» [*Ideas y Creencias*, Ot5, 675]. Así que podemos suponer que él creyó conocer con claridad su posición en la historia y en el tiempo. Mas si es así, no expresó precisamente una completa satisfacción cuando dijo de su propia época: «Más que los demás tiempos e inferior a sí misma» [Ot4, 393]. Aunque Ortega hablaba del tiempo específico que él caracterizó como el de la *Rebelión de las masas*, casi con la misma fuerza podía haber dicho lo mismo de toda la realidad histórica que contempló hasta el final, pues el diagnóstico no varió en lo sustancial respecto del expresado en aquel libro de relevancia mundial. Esta conclusión implica que la época no tenía razón al pensarse como superior a las demás, pero al mismo tiempo que él la sentía solo como un comienzo. Esta magnífica sentencia es una buena metáfora de sí mismo y define a Ortega de forma ejemplar. Por muchas razones, por su específica temporalidad, por hallarse en el corazón de la España y del mundo contemporáneos, por ser testigo de sus inolvidables tragedias, por haberlas atravesado todas con aguda conciencia, Ortega fue y sigue siendo más que todos los demás, pero siempre permaneció inferior a sí mismo. Por eso se nos presenta como fuerte e inseguro en su destino. Estaba orgulloso de sus fuerzas, pero temía medirlas de forma propia y adecuada respecto de sus retos más íntimos y, sobre todo, vivió tensionado por la conciencia de que no había realizado todas sus potencialidades. Eso hace de él el mayor prototipo de héroe intelectual que los españoles conocemos. Sin embargo, era plenamente consciente de que su filosofía era inferior a la que podía haber sido.

Fernando Vela, que lo conoció como pocos, dijo de él que era un gran incitador, un gran sugeridor. Ortega fue eso, desde luego, pero fue algo más. Por eso este comentario no me parece en verdad el perfil definitivo de su figura. Creo que

Ortega se parece más a Simmel, de quien Habermas, en el epílogo al libro *Sobre la aventura*, dijo que «fue más un incitador que un sistemático, más un intérprete de la época que un filósofo y un sociólogo sólidamente arraigado en el establecimiento científico». Este comentario, tan adecuado a Simmel, exige un ajuste en el caso de Ortega. Pues lo bien cierto es que, aunque incitador e intérprete de su propio presente, nuestro filósofo quiso ser también sistemático y sin duda estuvo todo lo sólidamente instalado que se podía estar en la España del primer tercio del siglo xx. Fue justo esta voluntad de serlo todo, incitador y sistemático, filósofo y sociólogo, la que determinó la estructura mental que refleja esa mezcla de certeza de sí y de inseguridad que atraviesa su producción filosófica. Podemos asumir que todo ello era resultado de la falta de modelos a seguir. En sus complejas aspiraciones, Ortega no tenía maestros y por eso constituye una novedad radical en la vida histórica de España. Su idea de sí mismo la cumplió con lo que tenía a mano, una filosofía hecha desde el periódico, pero por doquier su inteligencia reclamaba mucho más vuelo del que podía ofrecerle el periódico. Sería muy injusto con Ortega creer que se limitó a ser un sugeridor. Hay en su obra mucho de sugerencia, de apunte, de incitación a la filosofía, de exhortación y de pedagogía. Pero su obra no es solo retórica. Es filosofía y pretende, como toda filosofía, ir a lo improrrogablemente importante. Y lo que quiere hacer este libro es, a través de la compleja y amplia sugerencia e incitación de su obra, mostrar la filosofía que detrás de ella luchaba por emerger con nitidez y que, sin embargo, no hizo sino despuntar.

Como muchos otros, Ortega sabía que tenía que ofrecer una obra popular, porque su aspiración era regenerar al pueblo español. En su época, como en la nuestra, los que podían leer una obra puramente filosófica eran muy pocos y Ortega deseaba hablar a los suficientes en número para formar otra ciudadanía y otra España. Pero conforme vio comprometida esta finalidad, decepcionado ante la profunda inercia de la sociedad y de las instituciones españolas, y conforme entendió que se comenzaba a producir una profesionalización de la intelectualidad española y de la Facultad de Filosofía y Letras, que dotó a España de una más compleja articulación universitaria, se vio seriamente preocupado por la tarea de pensar sin la presión de ofrecer una filosofía popular. Esta decisión tuvo que ver con el reconocimiento de la figura de Heidegger, que le mostró que la más elevada filosofía podía producir efectos culturales profundos, capaces de inducir un movimiento intelectual. Entonces, a partir de 1929, desplegó un trabajo ingente y heroico, aunque de moderada calidad y profundidad, cuya aspiración fundamental fue ofrecer un pensamiento sistemático sobre la base de sus geniales intuiciones iniciales. Dado que las condiciones para hacerlo pronto se tornaron casi imposibles, al estar su país

en guerra, Europa en llamas y él en el exilio, debemos conceder que su esfuerzo fue conmovedor. La figura de Ortega enfermo y cansado recorriendo Europa en ruinas, con preferencia a quedar sepultado en un Madrid humillado, tras la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial; su esfuerzo por continuar una tarea que consideraba propia y vinculada a su vida y a su muerte, me parece ejemplar y los filósofos españoles no podemos olvidarla.

Entre esa España que él soñó, y aquella otra que se abría paso lentamente durante el final de la Restauración y la República, se instalaban las distancias perennes que separan la utopía de la realidad. En esa realidad, sin embargo, Ortega se vio comprometido, ante jóvenes colegas cada vez más impresionantes, a mantenerse atento a las novedades de la filosofía, contrastarse con ellas, ofrecer su versión y su posición. Fue un instante de esperanza plenamente fundada cuando, en las aulas de la nueva Facultad de Filosofía y Letras, comenzó a tener nombre y rostro la intelectualidad española del siglo xx, la que quedó en España y la que marchó luego al exilio, sin duda una cima del pensamiento español de todos los tiempos y una digna realización de la modernidad europea. Ahí hubo algo más que sugerencia.

Luego, cuando aquello fue arrancado de cuajo por una dictadura terrible, Ortega resistió y mantuvo una fidelidad constante a su línea de pensamiento, a sus problemas, a sus inquietudes, por mucho que sus posiciones políticas fueran ambiguas y claramente equivocadas. De la misma manera que su filosofía popular buscó la forma expresiva que él creía funcional y adecuada para persuadir a su público, su pensamiento académico muestra una obediencia a las formas de su tiempo, no exentas de ciertos ritos y limitaciones. Por eso su estrategia no siempre puede ser la nuestra, la de la generación que vio la luz justo cuando él moría. Pero cuando se trata de filosofía, y no de sugerencia, la forma literaria y retórica es secundaria. Así que el reto es ir más allá de la filosofía popular de Ortega mostrando siempre la dialéctica que encierra con las líneas profundas y los problemas últimos de su pensamiento. Si uno de los conceptos más importantes que nos dejó Ortega fue el de latencia, entonces nuestra tarea es hacer presente la filosofía que se encuentra latente en su obra.

Para concluir este prólogo, desearía incluir como homenaje a Ortega la breve pintura que de él hizo Martin Heidegger, el filósofo que admiró porque le mostraba la extraña posibilidad de ser popular y sistemáticamente sublime a la vez. Ello bastará, de forma más intensa que mis palabras, para valorar la relevancia de su figura. El texto apareció en la Revista *Clavileño* de Madrid y procede del volumen 13 de la *Gesamtausgabe* de Heidegger. Ha sido reproducido en Francisco Soler, *Apuntes acerca del pensar de Heidegger*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1983

(Edición de Jorge Acevedo). También, en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Chile*. Dice así:

Quisiera referir brevemente dos recuerdos de Ortega y Gasset. Siguen en mi memoria como dignos de recordación.

El primer recuerdo se remonta al mes de agosto de 1951. Nos encontramos en la ciudad alemana de Darmstadt, donde en bien ceñido marco se celebran anualmente conferencias sobre un tema determinado. Aquel año versaban sobre el tema «El hombre y el espacio». Entre los hombres de ciencia y arquitectos que habían sido requeridos a hablar, nos contábamos Ortega y yo. Después de mi conferencia, que llevaba el título «Edificar, habitar, pensar», un orador empezó a disparar violentos ataques contra lo que yo había dicho y afirmó que mi conferencia no había resuelto las cuestiones esenciales, que más bien las había «despensado», es decir, disuelto en nada por medio del pensamiento. En este momento pidió la palabra Ortega y Gasset, cogió el micrófono del orador que tenía a su lado y dijo al público lo siguiente: «El buen Dios necesita de los “despensadores” para que los demás animales no se duerman». La ingeniosa salida hizo cambiar de golpe la situación. Pero no era solo una salida ingeniosa, era sobre todo caballeresca. Este espíritu caballeresco de Ortega, manifestado también en otras ocasiones frente a mis escritos y discursos, ha sido tanto más admirado y estimado por mí pues me consta que Ortega ha negado a muchos su asentimiento y sentía cierto desasosiego por alguna parte de mi pensamiento que parecía amenazar su originalidad. Una de las noches siguientes volví a encontrarle con ocasión de una fiesta en el jardín de la casa del arquitecto municipal. En hora avanzada iba yo dando una vuelta por el jardín, cuando topé a Ortega solo, con su gran sombrero puesto, sentado en el césped con un vaso de vino en la mano. Parecía hallarse deprimido. Me hizo una seña y me senté junto a él, no solo por cortesía, sino porque me cautivaba también la gran tristeza que emanaba de su figura espiritual. Pronto se hizo patente el motivo de su tristeza. Ortega estaba desesperado por la impotencia del pensar frente a los poderes del mundo contemporáneo. Pero se desprendía también de él al mismo tiempo una sensación de aislamiento que no podía ser producida por circunstancias externas. Al principio solo acertamos a hablar entrecortadamente; muy pronto el coloquio se centró en la relación entre el pensamiento y la lengua materna. Los rasgos de Ortega se iluminaron súbitamente; se encontraba en sus dominios y por los ejemplos lingüísticos que puso, adiviné cuán intensa e inmediatamente pensaba desde su lengua materna. A la hidalguía se unió en mi imagen de Ortega la soledad de su busca y al mismo tiempo una ingenuidad que estaba ciertamente a mil leguas de la candidez, porque Ortega era un observador penetrante que sabía muy bien medir el efecto que su aparición quería lograr en cada caso.

PRÓLOGO

El segundo recuerdo trae a mi memoria la gran casa abierta de un médico en los altos de la Selva Negra, donde una mañana de domingo, en un círculo de numerosos oyentes cruzamos con fuerza, pero con bella medida, nuestros más afilados aceros. Estaba en discusión el concepto del «ser» y la etimología de este vocablo fundamental de la filosofía. La discusión puso de manifiesto lo muy versado que Ortega estaba en las Ciencias. También me puso de relieve una especie de positivismo que no me cumple juzgar, ya que conozco muy pocos escritos de Ortega y solo en traducciones. La tarde de ese mismo día nos proporcionó a mí y a todos los presentes la impresión más recia y duradera de la magna personalidad de Ortega y Gasset. Habló de un tema que ni estaba previsto ni había sido formulado y que puede, sin embargo, cifrarse en el título «El hombre español y la muerte». Ciertamente lo que nos dijo le era familiar desde hacía largo tiempo, pero el cómo lo dijo nos desvela cuánto más avanzado estaba que sus oyentes en un campo que ahora ha tenido que traspasar. Cuando pienso en Ortega vuelve a mis ojos su figura tal como la vi aquella tarde, hablando, callando, en sus ademanes, en su hidalguía, su soledad, su ingenuidad, su tristeza, su múltiple saber y su cautivante ironía.

Martin Heidegger

Son las palabras de un gran filósofo sobre otro, pronunciadas con una profunda voluntad de justicia y con una innegable grandeza. En ellas apreciamos una debida comprensión de las dificultades de ser un filósofo español en aquel tiempo, de su soledad y de su heroicidad. Por eso las hacemos nuestras sin un ápice de reserva.